

# El significado de “lugar” en América Latina

*Publicado originalmente en la revista número 26 de agosto de 1989*

David J. Robinson

(Inglaterra, 1939 - v.)  
Geógrafo y Doctor en Geografía de la Universidad de Londres. Especialista en Geografía Latinoamericana, Geografía Histórica y Colonialismo Español. Miembro de varias asociaciones internacionales de historia y geografía. Profesor de la Universidad de Siracusa, Nueva York. Profesor invitado en varias universidades inglesas y latinoamericanas. Asesor de los gobiernos de México, Argentina y Perú. Acreedor de varios premios, distinciones y reconocimientos. Autor de varios libros y trabajos publicados.



## Resumen

**P**artiendo de una reflexión sobre la palabra “lugar” y el consenso de que los lugares son construcciones sociales, el autor presenta un recorrido por tres momentos del desarrollo en América Latina: el colonialismo, el republicanismo y el modernismo para, finalmente, mostrar que es evidente una persistente transformación que puede corroborarse en la constante resignificación de lo que se define como “lugar”.

## Palabras clave

Paisaje, geografía, comportamiento social, identidad cultural, asentamiento.

## Introducción

Para los latinoamericanos, quienes participan de la cultura de la región y que conocen por lo menos las particularidades de algunos de sus lugares, mi intento de generalizar el concepto de “lugar” en el vasto continente podría parecer arrogante y superficial. En mi defensa solamente puedo decir que las observaciones, interpretaciones y opiniones que presentaré provienen de más de dos décadas de análisis de una multitud de “paisajes” de América Latina, de la discusión con una amplia variedad de gente, de la vivencia en una diversidad de lugares por varios periodos y de la lectura, relativamente amplia, de lugares y eventos del pasado.

Lo que espero poder hacer en este ensayo es ejemplificar una variedad de procesos concernientes a lo que los geógrafos han convenido en llamar “lugar” en América Latina. Intentaré demostrar el poder del concepto “lugar” basándome no en el recurso de los argumentos teóricos, sino más bien apoyándome en la persuasiva evidencia del comportamiento social culturalmente mediado en contextos geográficos específicos (White, 1981). Los patrones de comportamiento, como también los asentamientos físicos en los que se desenvuelven, serán enfatizados como factores vitales de escala y periodicidad temporal. Argüiré que “lugar” es sinérgico: es decir, que crea y es creado, que “lugar” es construido, destruido y transformado por individuos, o por grupos corporativos de más alto nivel socioeconómico dentro de contextos culturales específicos (Robinson, 1979a). Se notará, espero, que a través del tiempo, la importancia de “lugar” no solamente ha variado, sino que como la cultura misma se ha transformado y, por tanto, ha disminuido la utilidad de este término genérico. La reducción de las relaciones interpersonales íntimas es uno de los costos de la formación de sociedades más complejas, por tanto los restringidos confines de lugares pequeños han tenido usualmente que abrir caminos a entidades geográficas más grandes, como la región, la nación-estado y el imperio. Es demasiado fácil romantizar lo pequeño (y simple) como lo bello y caracterizar lo grande (y complejo) como inhumano y feo, y todavía olvidar que el mundo moderno en el cual vivimos y el cual podemos criticar es, por sí mismo, una victoria sobre los confines de cierto tipo de lugar (Sack, 1980; 1986 y Tuan, 1984; 1975).

Lo que argüiré es que en cada periodo histórico ha habido ventajas y desventajas de variada escala de comportamiento; si tenemos entendido que son significativos como entidades sociales, como pienso que siempre son, entonces veremos que como identidades tienen que ser formadas o modificadas; por ello, muchos lugares tienen que cambiar de lo privado a lo público, de estrechos valles a vastas regiones, de lo informal a lo formal, de la comunidad a las sociedades más amplias y todo esto normalmente bajo el control de una élite minoritaria que establece los parámetros del cambio socioeconómico, político y, por tanto, geográfico.

Mi evidencia será tomada de varios siglos que han sido testigos de significativos cambios en el “lugar” latinoamericano. Pasaré por alto con impunidad del Caribe a la Araucanía, en la búsqueda de datos. También trataré de invocar e interpretar “lugar” a partir de las muchas perspectivas y con tantos sentidos como sea posible en el tiempo asignado (Robinson, 1969).

### El lenguaje de lugar

La palabra y concepto de “lugar”, utilizado en este ensayo, presenta significativos problemas. En el caso del español (en el portugués es similar) es evidente que una variedad de términos alternativos están disponibles (tabla 6.1), cada uno con acepciones diferentes en su significado.

Tabla 6.1 Algunos términos para “lugar” en español. Fuente: elaborada por el autor

<b>Lugar</b>	<b>Lugar poblado</b>
Lugar, sitio, situación, localidad, parte, terreno, tierra, paraje, término, andurrial, ámbito, ambiente, región, terruño	Pueblo, pago, poblado, población, comarca, nación, país, territorio, patria, ciudad, barrio, distrito

Por cierto, vale la pena hacer notar, como Mead (1954) lo ha hecho en relación con el finlandés, que solo cuando tenemos que hacer uso del lenguaje que no es el nuestro los significados cultural y temporalmente adscritos a términos se vuelven aparentes. Aunque la mayoría de los términos, en la tabla 6.1, derivan de raíces latinas, la evolución de sus significados, primero dentro de España y después en el Nuevo Mundo, les ha dado un significado nuevo y distinto. Aunque hoy en día en muchas partes de América Latina *sitio* ha venido a significar no más que un lugar común, en los siglos posteriores al XVI en Cuba fue un término usado para describir lugares rurales que estaban siendo cultivados (Friederici, 1960). El término lugar ha sido también utilizado por siglos no solamente en un sentido geográfico o espacial, sino también con el significado alternativo de lugar como rango y orden; estar “fuera de lugar” es estar ubicado en un estamento que no corresponde. Describir a alguien como un lugareño connota inmediatamente rusticidad. Podríamos también mencionar el caso de los términos “país” y “patria”, los cuales vienen a ser importantes ingredientes en la identificación del estatus nacional después del siglo XVIII. “País” es la raíz de la palabra que América española usó para denotar “paisaje”. En español, “paisaje” tiene una relación mucho más fuerte con el campo (podrían ser sus sinónimos vista o panorama), que en la forma en que el término ha evolucionado y es usado en inglés.

Si hablamos de “lugar” como un área socialmente definida hacia la cual las personas tienen un sentimiento de apego, el contexto de lugar a ser definido es de suprema importancia; residentes de una metrópoli mayor hablarían probablemente de su barrio o vecindad, pero si fuesen ellos recién llegados a la ciudad todavía recordarían su tierra, patria chica o pueblo. Las clases sociales también parecen tener distintas percepciones de lugar. Reina (1973) ha demostrado que en la ciudad de Paraná, la significancia de la plaza, como el lugar central más importante en las ciudades de la América española, varía por la intensidad de su uso por la “gente decente”, y por la gente de las clases sociales más bajas. Hay también la evidencia para mostrar que en las

comunidades que están en proceso de formación, las unidades políticas de pequeña escala (distritos, cantones) sirven como un temporal lugar de identificación. Desafortunadamente, hasta el momento pocos estudios han sido emprendidos para identificar los pasos clave en el proceso temporal por el cual los residentes urbanos crean lugares o devienen apegados a ellos, articulando luego ese apego al reconocimiento de este lugar como propio. A pesar de las docenas de análisis de los pueblos jóvenes, y otros lugares urbanos, este proceso de adaptación no ha sido lo suficientemente estudiado (Uzzell, 1974). Lo que es claro, sin embargo, es que la variada densidad de la textura socioeconómica, la complejidad de las relaciones sociales, sean de mutua confianza, de parentesco o compadrazgo, o de las muchas otras formas por las cuales los individuos están integrados dentro de la sociedad, todas hablan de modos de comportamiento producidos cuando la ocasión o la utilidad lo demanda (Oliver-Smith, 1986; Altamirano, 1984 y Kemper, 1977). Por esta razón, nuestra definición de “lugar” debe ser flexible, por lo menos en América Latina, por las contingencias que la acción social podría requerir y a lo cual Leeds (1973) ha llamado las respuestas locales o supra-locales.

Un hecho está bien claro: un término genérico para “lugar”, como ha sido usado en nuestras investigaciones en inglés, parece estar singularmente ausente del vocabulario español y portugués de los siglos XVI al XX.

Aún más desafiante es cualquier intento para entender el lenguaje amerindio y los términos usados para denotar “lugar”. En quechua, desde los límites norteños de su uso en el Ecuador de hoy a sus extensiones sureñas en Santiago del Estero —Argentina—, existe el término *llacta*, o *llactay* en su forma posesiva, que significa “mi tierra”, “mi sitio” o “mi suelo” (Lira, 1944 y Ebbing, 1965). Esto es probablemente lo más cercanamente sinónimo a lo que estamos llamando lugar. En muchos lenguajes aborígenes, como son náhuatl, quiché, aymara e ixil, son usados sufijos para dar significados especiales a lugares geográficos específicos (Lockhart, 1985). Por ejemplo, en náhuatl los sufijos

“co” y “tlan” significan “por o cerca al lugar de”. Un término genérico para lugar es notablemente ausente. Esto podría ser una indicación de que el localismo fue muy difundido dentro de la cultura y que hablar de lugar genérico fue tan innecesario como impensado (Karttunen, 1983). Debemos recordar que nuestro “lugar” es un concepto cultural cuyos orígenes, evolución y uso, aun dentro de los parámetros de las disciplinas académicas, han comenzado a ser examinados en algún detalle muy recientemente (Buttimer y Seamoon, 1980; Tuan, 1974; 1984 y Relph, 1976).

Existen también otros significados por medio de los cuales se podría evaluar el poder de “lugar” a través del lenguaje en América Latina; esto es, por medio del palimpsesto de los nombres de lugares. Análisis toponímicos, todavía en relativa infancia en América Latina comparados con Europa, han proveído hasta el momento una de las mejores evidencias de lugares diferenciados en el nuevo mundo (Raymond, 1952 y Dykerhoff, 1984). En México, Moreno Toscano (1969) ha mostrado los cambiantes patrones de las estancias de los siglos XVI al XIX. En el momento de la conquista de la Nueva España central es ahora claro que lo que fueron los *pagos* para los españoles habían sido los *itocayocanes* de los aztecas, y que las jurisdicciones civiles menores españolas fueron formadas con base en el *altepetl* nahua (Lockhart, 1976; 1985). Lo que nos permite el análisis toponímico es entender la edad o temporalidad de lugares socialmente definidos y la penetración de nuevos elementos en los nombres. Los españoles adoptaron y rápidamente difundieron el término “sabana” de la isla caribeña La Española, una descripción de origen arawac. El término quechua para un pastizal plano, *pampa* o *bamba*, fue igualmente incluido en el léxico del colonialismo, el cual vino a designar más tarde a una región en Argentina, lejos de la influencia quechua (Friederici, 1960).

Los topónimos gentilicios igualmente expresan una compleja historia del conflicto cultural y difusión desde los niveles locales, regionales y, en algunos casos, imperiales. ¿Cómo puede uno explicar el súbito bro-

te de nombres de lugares tlaxcaltecos en el norte de México sin entender las políticas coloniales aztecas del siglo XV? ¿O los nombres alemanes de lugares del sur de Chile, Brasil y Paraguay sin conocimiento de las tendencias inmigratorias del siglo XIX? A donde han ido colonizadores y conquistadores, normalmente han llevado sus nombres distintivos con ellos; esto nos permite reconstruir la cronología y la geografía del cambio cultural (Holmer, 1960 y Weibel, 1948). Deberíamos poner atención a la advertencia de Todorov (1982) quien dice que la nomenclatura es frecuentemente el primer paso de la toma de posesión.

Los nombres, como por supuesto los lugares, tienen contenido tanto simbólico como puramente descriptivo. Cuando caen los regímenes, colapsan los imperios o una élite local reemplaza a otra, muy frecuentemente el proceso de cambio de nombre es iniciado en lugares particulares. En América Latina una verdadera geografía histórica nacional podría ser leída de los nombres de las calles de las ciudades (Reina, 1973).

Deberíamos recordar que Colón fue cuidadoso en nombrar a cada una de las cinco islas a las que llegara en el Caribe, en un orden jerarquizado, que nos dice mucho del contexto de su empresa histórica: San Salvador, Santa María de la Concepción, Fernandina (por el rey), Isabela (por la reina) y, finalmente, Juana (el príncipe real). Los muchos nombres de las jurisdicciones civiles —Nueva Granada, Nueva Galicia, El Río de la Plata, Venezuela— todas hablan de la transferencia simbólica del sentimiento y la ilustración figurativa de las esperanzas coloniales.

El lenguaje del “lugar” en América Latina nos permite, por tanto, interpretar no solo las imágenes mentales y el comportamiento de los varios grupos culturales, sino también nos provee de un instrumento valioso para entender mejor muchos de los artefactos físicos que están profusamente sembrados en el paisaje. Otra vez, lamentablemente, nuestros estudios toponímicos en América Latina son pocos, nuestros diccionarios etimológicos, especialmente en idiomas nativos, son

todavía modestos en comparación con otras áreas culturales, y parece haber poco interés o pericia en el análisis de nombres. Yo sugeriría que alguien se interese en investigar este tema que podría ser uno de los más importantes tópicos de investigación a ser explorados.

### Lugares mutantes en América Latina

Nuestra próxima tarea es examinar una pequeña y selecta porción de la evidencia que demuestra la cambiante significancia de lugar en la evolución cultural de América Latina durante sus cuatro fases principales: prehispánica, colonial, republicana y moderna. Cada una nos proveerá de ilustraciones del grado en el que las relaciones sociales y culturales crearon, usaron y valorizaron el lugar, y de la complejidad cultural con que puede ser examinada a través del contrastante uso del concepto “lugar”.

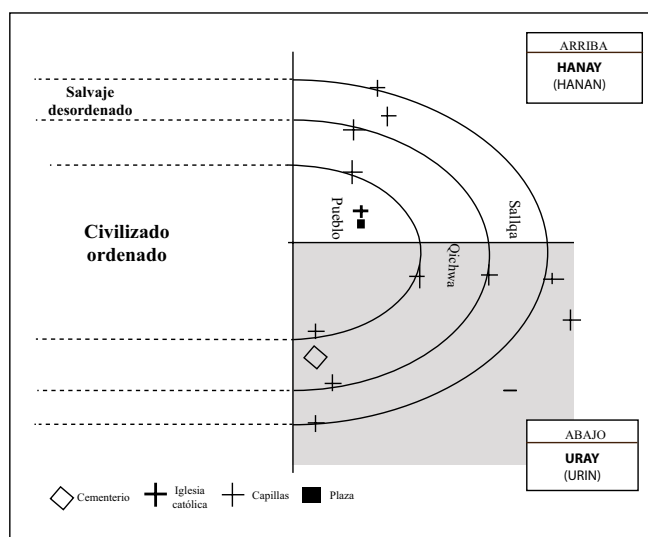


Figura 6.1 Esquema de los patrones de un tipo ideal de pueblo andino.

Fuente: Isabell (1978).

### Ñawapaq pachakunapi: lugares prehispánicos

Es difícil encontrar una relación más cercana entre naturaleza y cultura, y comportamiento y lugar (aunque

todavía inadecuadamente analizada) que el periodo prehispánico de América Latina. Por doquiera que se observe a las familias aborígenes, comunidades y aun proto-estados e imperios, todos parecieran no solo haber visto el lugar como un constituyente integral de su cultura, sino también haber experimentado gran dificultad para distinguir entre gente y lugar, y actividades sociales y espacio. Si tomamos como ejemplo las dos más grandes culturas del Nuevo Mundo, a la llegada de los europeos, los aztecas y los incas, aparte de los literalmente cientos de otros grupos culturales, veremos que las unidades básicas de su sociedad fueron llamadas *calpulli* y *ayllu*, respectivamente (Carrasco, 1961; 1972; Gibson, 1964; León-Portilla, 1984 y Murra, 1984). Ambos términos bien podrían ser traducidos como “territorios de parentesco”. Significaban una combinación de relaciones sociales (con particular énfasis en linaje y ancestro) dentro de un espacio definido. Estos fueron, en efecto, “lugares de gente” o inversamente “gente de lugares”. Las reglas de la membresía en estos conjuntos socio-espaciales, particularmente articulados a través del parentesco y matrimonio, parecen haber sido muy significativas para el límite de su tamaño geográfico. Otro de sus rasgos fue el énfasis de las relaciones armónicas de bilateralidad y complementariedad sobre las cuales descansaba su estructura.

En Mesoamérica, los *calpullis* adoraban a dos dioses, frecuentemente la dualidad de los sexos o en otras partes las fuerzas contrapuestas. En sociedades andinas las mitades o porciones del “*hatún*” y el “*urín*” (las secciones de arriba y de abajo del espacio social) igualmente simbolizaban el poder compartido y las actividades complementarias.

Si examinamos una representación cartográfica cruda de un tipo ideal de un pueblo andino podemos interpretar estos patrones con más claridad (figura 6.1). El *ayllu* en sí mismo estaba dividido en dos partes y el pueblo bipartito estaba ubicado a horcajadas en sus límites. El pueblo media entre el alto territorio de la puna (*sallqa*) y el paso del valle (*mayopatán*). Irradiadas del centro de la mitad, se alinean las capillas, cada una con su

ídolo primitivo (ahora una cruz), y la ubicación de las más significantes están fijadas en los límites de las zonas culturales-ecológicas. Estas capillas-altares se convirtieron en lugares en los que se realizaban rituales de fertilidad y cosecha en los ciclos estacionales de la comunidad.

Ecológicamente, el ayllu combinaba pastos de altura y tierra agrícola, una eficiente y conservacionista integración vertical que Murra (1975) ha fechado del siglo xv y la cual demarca, socialmente, el lugar del hombre salvaje o *sallqaruna* de la puna alta de su contraparte, el hombre civilizado del bajo valle. La base del poder del ayllu normalmente residía en el pueblo, donde el *varayoc* mantenía control y mediaba las disputas sobre una base rotatoria que no debía ni a los individuos ni a los grupos el derecho de ejercer permanentemente el poder. Servir como líder indígena era (y todavía es), por lo tanto, hacer un sacrificio económico de corto plazo por el beneficio del prestigio y la posición permanente en el contexto social de la comunidad. En los más altos niveles de la puna moraban las deidades, los *wamanis*, custodiando los lagos y los picos y a quienes los pagos rituales debían ser hechos cuando la tierra estaba “abierta” a tales ofrecimientos.

Nuestro lugar microcósmico andino, por tanto, reflejaba una sincronización del uso de recursos, una mediación del conflicto social en la forma de las jerarquías del prestigio dual, y presentaba una cantidad de nombres casi imposible de enlistar (ni pensar en un mapeo) (Platt, 1978). Sagrado y profano tiene aquí un significado ecológico y cultural que la mayoría de europeos encuentra difícil de describir; sin embargo, es reconocido que dichos elementos eran componentes integrales del ayllu y el calpulli.

Algunos se estarán preguntando cómo estos microcosmos se relacionan unos con otros y cómo sería la relación potencial en niveles más grandes de desarrollo. Para contestar parcialmente esta pregunta podríamos volver la mirada a la evidencia de las estructuras del imperio Inca, visto con los ojos perceptivos y la hábil

pluma de un presunto descendiente de uno de los últimos incas en el siglo xvii, Huamán Poma de Ayala (Adorno, 1986 y Pease, 1985). Él nos provee de una de las más detalladas imágenes del poder del lugar de la cultura del siglo xvii. Un examen minucioso de su mapamundi (figura 6.2) revela que, a pesar de que su forma fue imitada a los europeos, su contenido es rico en el simbolismo de lugar. Su población central (donde por supuesto uno esperaría encontrar Jerusalén o Roma después de un siglo de gobierno español), es Cusco, el pivote andino de los cuatro cuartos del mundo andino. Por cierto, clarificando detalles de líneas no muy distintivas, en su mapa podemos distinguir esos cuatro cuartos por nombre: los cuatro *suyos* incaicos. En general, es no menos que una simbólica representación del Tawantinsuyo, una imagen cuatripartita del universo andino.

Detalles tanto o más interesantes pueden ser identificados. Se ve que los mismos cuatro cuartos están divididos en dos pares, dos formando el sector de arriba y dos el sector de abajo: el modelo de imperio y universo puede ser percibido representando el mismo *banán/urín* que mencionáramos antes en el espacio microcósmico del ayllu. Este es un ordenamiento de lugares y espacios que Zuidema (1964) y otros han identificado como la estructura básica en la cultura andina, tan antigua como nuestra evidencia nos permite observar (Zuidema, 1964; Harrison, 1982 y López-Baralt, 1979).

Otros etnohistoriadores arguyen que la mitad o porción arriba/derecha podría ser igualada con masculinidad, la cual contrapuntea la complementaria femineidad de la porción abajo/izquierda. Con temor a que sea pensado que la representación de Poma de Ayala no es más que una construcción teoría, debe ser mencionado que los arqueólogos están encontrando, en creciente cantidad, la información que demuestra que los límites de los cuatro *suyos* (las líneas *ceques*) no solamente fueron demarcadas sobre el suelo, sino que las estructuras internas de las comunidades también fueron afectadas por su presencia.

Gracias a un reciente análisis etnohistórico sabemos ahora mucho más del significado de los cuatro *suyos* en la relación de poder entre los grupos competitivos. Lograr acceso al lugar central (Cusco) era la mira de todos los competidores a la autoridad inca. De los templos en el costado abierto de la gran plaza del Cusco, debajo de la barriga del puma simbólico cuya silueta forma la ciudad, de entre las metafóricas piernas de los dioses aquel vasto imperio podía ser controlado (Chávez, 1970).

Cualquier intento para recopilar los elementos de “lugar” del mundo prehispánico necesariamente debía remarcar no solo la interdependencia de la forma cultural, comportamiento social y lugar, sino también la manera en la cual los lugares pequeños o grandes fueron estructurados jerárquicamente y, quizás más importante para nuestra preocupación inmediata, paralela a la posición de poder dominado por la élite inca. Ser nombrado en un cargo en Quito o Chile central fue la peor suerte que podía esperar un oficial del imperio.

Igualmente importante fue la manera por la cual, en el periodo inmediatamente anterior al contacto con España, estas macroestructuras fueron pasando por ten-

siones y tiranteces cuando el poder local se sintió desafiado por su propia segmentada y jerárquica sociedad, y por los desafíos externos de los grupos no-Sedentarios (Stern, 1982 y Spalding, 1984).

### Localizando el colonialismo

Nuestra segunda etapa, el colonialismo hispánico, nos provee de una rica diversidad de comportamientos, ahora de poderes imperiales dirigidos para establecer su propia identidad cultural. En muchas instancias esto pudo ser mejor logrado por medio de políticas diseñadas para socavar y capturar la base de poder de las culturas aborígenes, aunado a un persistente proceso de reestructuración cultural (Wachtel, 1971). Esto último descansó sobre un nuevo conjunto de normas y regulaciones de lugar mediante las cuales España y Portugal (en un menor grado) reprimieron a la población indígena. Los aborígenes (por lo menos aquellos quienes no murieron por el ataque violento de enfermedades epidémicas) tuvieron que ser firmemente localizados en su nuevo lugar, que se encontraba bajo el control político de los blancos, en las profundas sombras de la segregación racial y físicamente separados de los recién llegados (Lockhart & Schwartz, 1983).



Figura 6.2 Mapamundi de Tawantinsuyo. Dibujo de Huamán Poma de Ayala. Recuperada del artículo original. Fuente: sin datos.



Los españoles trajeron con ellos, al Nuevo Mundo, un conjunto de instituciones, un complejo de artefactos culturales y patrones de comportamiento que los distinguieron inmediatamente de sus antecesores. La fe católica, la familia extensa, el sistema urbano, el deseo por y el conspicuo goce de la riqueza material —todo esto y mucho más—, tuvo serias consecuencias para hacer y cambiar el lugar en América Latina.

Quizá lo más simbólico de los nuevos lugares creados en la América española fue las docenas de centros urbanos establecidos a lo largo del Nuevo Mundo. Las calles dibujadas como un tablero de ajedrez, el lugar central (la plaza), la diferenciación formal y funcional entre lo central y lo periférico, todo estableció un nuevo orden cultural (Nutall, 1921-1922 y Borah, 1972). El más humilde de los asentamientos, alguno de los cuales difícilmente podríamos designar urbano hoy en día, incluyó estos elementos vitales. En su corazón descansaba la plaza, ese espacio abierto en el cual habían sido asentados los símbolos gemelos del poder imperial español, la espada y la cruz, que funcionó por siglos como el lugar en el cual se socializaba a través de reuniones públicas, o de la ceremonia del paseo; el lugar en el cual se realizaban negocios, ya en los puestos del mercado o en las cubiertas arquerías del rededor; el lugar cerca del cual era mejor ubicar una vivienda, el lugar donde el vecino, o el residente orgulloso y registrado del pueblo debía portarse de una manera apropiada (Robertson, 1978; Gade, 1978 y Takagi, 1970).

Sobre las márgenes de la plaza fueron situadas representaciones del poder imperial: la iglesia, el cabildo, la oficina virreinal, etc. Usualmente estos edificios presentaban su significación a la sociedad en su conjunto no solo por su localización, sino también por sus dos pisos elaboradamente adornados; frecuentemente eran no más que fachadas que escondían la más mundana realidad de los aspectos de la ciudad. El tañido de la campana y el estruendo del cañón nos recuerdan no de los antecedentes del campanillismo del Mediterráneo, donde para pertenecer a un asentamiento uno debía literalmente poder oír el tañir de la campana (Pitt-Rivers, 1954).

Estas urbes no fueron legalmente para uso residencial de los indios, quienes para ser protegidos de la posible contaminación cultural de los vicios de los hispanos fueron proveídos de especiales asentamientos a discreta distancia de los pueblos hispánicos. Los pueblos de indios reproducían la forma de las villas hispánicas y a los indios de mayor jerarquía les fueron asignadas similares funciones, aunque de un tipo más restringido que a las de la “gente decente” de origen español (Gibson, 1964).

Esta “civilización por asentamiento” promovió campañas mayores para reubicar a la dispersa población indígena. El principal objetivo de su reubicación, en pueblos nucleados (las famosas congregaciones o reducciones), fue permitir mejor control político y administrativo, y facilitar la requerida conversión de los paganos a la nueva fe católica (Fals Borda, 1956; Cline, 1949; Lovell, 1985 y Málaga, 1975). Es importante hacer notar que el movimiento descendente de las alturas a los valles de la población aborígen, además de representar una fase nueva en la agricultura de las tierras bajas, también significó el distanciamiento con sus dioses de los cerros y montañas. Es evidente también que en los nuevos pueblos las estructuras de mitades fueron recreadas y fatalmente penetradas por los intrusivos lugares centrales, los cuales desbalancearon la dualidad del lugar aborígen.

Donde las condiciones hicieron el control civil difícil, un conjunto de nuevos lugares fueron establecidos: las misiones de las órdenes regulares (Ricard, 1933; Specker, 1953; Morner, 1953 y Robinson, 1975). Cientos de iglesias abandonadas en ruinas, algunas últimamente restauradas como monumentos nacionales, están desperdigadas por doquier en el paisaje cultural de la América Latina de hoy.

Dentro de los centros urbanos coloniales (el principal foco del poder imperial), se podría reconocer otra escala del lugar: aquella de la casa y del hogar. La microecología de la ciudad colonial reflejó las normas culturales de los intrusos españoles. La altiblanca pared

del contorno de la casa colonial demarcó un lugar y mundo privado más allá de los sonidos y (usualmente malos) olores de la calle. En el mejor de los casos, el acceso a estos lugares privados se daba a través de un majestuoso portal, que denotaba el estatus y prestigio de su propietario. Los pocos afortunados podían jactarse de un escudo familiar para hacer juego con su título de “don”. Pasando a través del zaguán, aparecían los patios, cada uno de los cuales, en orden jerarquizado, proveyó un enfoque de actividades racial y funcionalmente diferenciadas. Mientras más lejos se retiraba uno de la puerta principal más se acercaba a los cuartos de los sirvientes y esclavos (Robinson, 1979a; 1988; Gasparini, 1962 y Torre, 1945).

Quisiera sugerir un paralelo simbólico y funcional entre la escuela urbana de lugares (arco ceremonial, rutas procesionales, plazas) y aquellas de las unidades residenciales (portales, pasadizos, patios, etc.). En la vida pública y privada se percibía la relativa ubicación de alguien por su comportamiento, vestido y lenguaje (Hoberman, 1986).

En ocasiones especiales los códigos sociales y las relaciones de poder en las colonias fueron temporalmente suspendidos gracias a imitaciones rituales que permitían al humilde parodiar al poderoso, al pobre ridiculizar al rico, los negros e indios se ponían máscara de tez blanca y todos gozaban la fugaz libertad de igualdad desvergonzadamente asistida por el consumo de grandes cantidades de licor. Por medio de las fiestas públicas y carnavales la gente pudo, por unos momentos, cambiar su lugar social. Ello proveyó un medio excelente de reducir tensiones sociales.

Los desfiles públicos, las procesiones y el ordenamiento de asientos en la iglesia y en las tribunas erigidas en la plaza proveían también oportunidades para, no solo una demostración de posición social, el poder de alguien demostrado por su proximidad al altar o estándares portátiles, sino que también provocaba peleas y pleitos. Los términos “preeminencia de asiento” y “orden de desfile”, utilizados en los muchos juicios lega-

les hablan claramente de una sociedad que se apegaba a importantes valores de lugar (Archivo Nacional de Colombia, 1976). La muerte proveyó otra oportunidad para los descendientes del occiso de conmemorar su lugar o posición en la sociedad gracias a una bien situada e impresionante tumba. Los mausoleos y nichos de las “ciudades-cementerios”, en la mayoría de los países latinoamericanos, hablan elocuentemente de los privilegios póstumos (Reina, 1973).

Debemos recordar también que los tipos ideales de la ciudad hispánica y el pueblo indígena difícilmente sobrevivieron intactos en el siglo xvii. Mezclas raciales, desarrollo económico y migración parecen haber borrado las divisiones teóricas de lugares diferenciados.

Alrededor, y frecuentemente dentro de las ciudades, crecieron los barrios de indios, a los que se les proveyó de sus propias facilidades parroquiales. Algunos miembros de la élite se dieron cuenta de que podían obtener ganancias al arrendar parte de sus casas a artesanos y comerciantes (Góngora, 1975; Ramos, 1979 y Moreno, 1978).

Los residentes de la ciudad fueron también elementos de una más grande trama espacial de intereses económicos, de obligaciones sociales y del uso del poder político a fuerza de conexiones familiares. Si ser una persona “propia” era ser alguien de un lugar conocido y de un distinguido ancestro, entonces mucho más importantes eran aquellas personas que tenían acceso a recursos de una amplia envergadura geográfica. Por el siglo xviii las familias notables de América Latina podían jactarse de redes o nexos que conectaban minas con haciendas, fincas de esclavos con residencias urbanas y monasterios con la corte imperial. Toda la significación de regiones como complejos de familias extensas interrelacionadas son evidentes (Kicza, 1983 y Kuznesof & Oppenheimer, 1985).

¿Qué conocemos de la identidad de lugares dentro y fuera de estas ciudades en evolución? La respuesta, lamentablemente, es relativamente poco. Es claro que

las vecindades urbanas adquieren nombres con el correr del tiempo, pero es difícil averiguar el rol de los residentes en este proceso (Borah, 1984). Es evidente que en dos generaciones de residencia los españoles empezaron a hablar con exagerado orgullo de su recién creada *patria chica* de bases eminentemente urbanas. La rivalidad interurbana regional, quizás un indicador útil de identidad, había alcanzado por el siglo XVIII proporciones que comenzaron a alarmar a las cortes imperiales. Hay otra medida por la que podríamos estimar la significación de lugar para los colonialistas. Podemos ver cómo los términos usados para describir migrantes temporales y permanentes, quienes a los ojos hispánicos pertenecían a un lugar no fijo (los vagos forasteros, vagabundos, huidos, etc.) denotaban una amenaza para la estabilidad del orden social (Robinson, 1989). Si uno no era conocido en una localidad, o no era de un lugar, ¿cómo se podría juzgar su etnicidad, su moralidad y su mérito en la comunidad? Transeúntes, fueran artesanos buscando una forma de supervivencia, indios escapando de la rigurosa imposición de impuestos, o mestizos siempre de dudosa condición y en continuo aumento, todos abrían sospechas. Por cierto, que la legislación fue frecuentemente promulgada para ponerlos a todos ellos en su propio lugar, pero siempre sin éxito (Farris, 1978).

Quizá la mejor medida de apego al lugar en América Latina colonial es proporcionada por aquellos que perdieron el privilegio de vivir allí. Es en los angustiados lamentos de los jesuitas expulsados del siglo XVIII donde podemos establecer la primera identidad a nivel continental de América Latina como lugar. Quizás esta americanización o criollización fue una consecuencia de lo que Lynch (1973) ha descrito como una segunda conquista de América. Solo cuando los criollos hubieron aprendido a odiar a los recién llegados peninsulares (los gachupines, chapetones) que habían aparecido con las reformas borbónicas, un nuevo aprecio por su lugar —América— comienza a emerger. La convicción de que los americanos no eran españoles sino más bien colombianos, chilenos, mexicanos y peruanos, pudo quizás haber surgido solo

como un resultado de los largos siglos de desarrollo colonial. Al hacer sus propios lugares, al crear su propia identidad, los españoles tuvieron finalmente que rechazar sus orígenes del Viejo Mundo.

Los jesuitas criollos exiliados vinieron a ser los literatos precursores del nacionalismo americano; y no en pequeña medida produjeron una literatura nostálgica. Manuel Lacunza “se imaginó a sí mismo comiendo sus platos chilenos favoritos”, mientras Juan Ignacio Molina “ansiaba el agua de la cordillera (de los Andes)”. El mexicano Juan Luis Maneiro imploraba al rey español le permitiera morir en su “suelo patrio” (González, 1948, p. 158).

En vista de que una precondition para el afecto al lugar (patriotismo) es el conocimiento y la información que sobre él se tenga, los panfletos y periódicos de finales del siglo XVIII se vieron repletos de detalles sobre la geografía, los recursos y el potencial de esta nueva tierra prometida. Un americanismo desenfadado fue alardeado: “nuestra patria”, “nuestra nación”, “nuestra América”, “nosotros los americanos” (Vial, 1966 y Burrus, 1954). Es posible entender la preocupación de las autoridades imperiales: el afecto a los lugares de América parecía haber erosionado peligrosamente la lealtad política. Pronto muchos americanos fueron requeridos para pagar el último precio de su patriotismo.

### **Revolución y republicanism: lugares viejos y nuevos**

Si la lucha por terminar el colonialismo resultó difícil para los latinoamericanos, no menos ardua fue la búsqueda de un conjunto de nuevas identidades (Lafaye, 1976). Resultó más fácil ser libres de España y Portugal que venir a ser brasileños, argentinos, colombianos o guatemaltecos (Hawkins, 1984; Gossen, 1974 y Stabb, 1967). El desafío ahora era forjar nuevas alianzas sociopolíticas, infundir en la población liberada cuidado por, y orgullo en, su nuevamente ganado lugar en el mundo. Como en casi todas estas circunstancias sucede, el asunto más difícil fue decidir cuánto recha-

zar lo pasado y cuánto aceptar de lo nuevo. La tarea de examinar el lugar en América Latina vino a ser mucho más difícil desde que todas y cada una de las nuevas naciones republicanas respondieron a esta cuestión central de una manera distinta. En este sentido, solo se pueden ilustrar tendencias de los procesos difundidos a lo largo del continente. Para ello se hace necesario recalcar que la velocidad y dirección del cambio casi nunca fue sincronizada.

La creación del estado primero demandó la represión de las rivalidades regionales (Seckinger, 1984). Los autores de esta nueva estructura macro-regional, y artífices del control político y administrativo basado en modelos de Europa occidental, rápidamente comenzaron a manipular y mediatizar el poder regional en alegados intereses de los inexpertos ciudadanos de las nuevas repúblicas. En Argentina, la policía estatal de Rosas pronto usó *mazorcas* (vigilantes) para “limpiar” la nueva república, y los enemas de ají colorado tuvieron el mismo propósito torturador que el aceite de castor que los fascistas italianos usaron años después (Arciniegas, 1966 y Lynch, 1981).

Ubicua y simultáneamente, un solo lugar capitalino comenzó a establecerse aparte del resto; un sitio costero normalmente fue un *sine qua non* por el comercio y sus conexiones con el extranjero, las cuales fueron incrementando su importancia para orientar la nueva vida nacional. Los litorales se enfrentaron al interior del país, y muchas periferias coloniales lograron posiciones centrales (Scobie, 1964; 1974; Humphreys, 1957; 1969 y Eidt, 1971). En estado-naciones unitarios y federales el centro dominante comenzó despacio, pero firmemente, a exigir su cuota a sus dependencias regionales internas. Para los residentes de los recientemente aventajados lugares centrales, la ilusión nacional fue fomentada y reforzada por símbolos de centralidad y cohesión: el palacio nacional, leyes nacionales y mapas nacionales. Es claro que en muchos aspectos tal “nacionalismo” fue poco más que un nuevo mito —un mito nacional—. Del mismo modo en que la nueva élite adoptó nuevas poses, actitudes, ideologías y políticas

para asegurar su propia estabilidad, sus estados fueron poco más que imágenes vistas de lo alto o del exterior. Es hasta el advenimiento de regímenes autoritarios, en los últimos años del siglo XIX y los tempranos del siglo XX, cuando los débiles aparatos del estado se fortalecieron y a la población, una vez más, se le dijo a dónde pertenecía y cómo debía comportarse (Brading, 1973). En México, el dictador Porfirio Díaz se refería a sus legisladores como “mi rebaño de mansos caballos” (Simpson, 1952, p. 263). La educación para las masas vino a ser no meramente un medio de modernización sino un instrumento necesario para el adoctrinamiento nacional (Pike, 1973; Campos, 1960; Woll, 1982 y Spalding, 1972). Del mismo modo en que el estado necesitaba fronteras bien definidas (el concepto de *uti possidetis* no había sido entendido claramente), los ciudadanos también necesitaban un himno y una bandera (Robinson, 1989). El reconocimiento de un estado fuerte requería de un común enemigo, y los vecinos sirvieron muy bien a ese propósito (Clissold & Hennessy, 1968 y Escudé, 1988). El continentalismo cultural (*panamericanismo*) estalló en las rivalidades y competencias de los lugares prominentes del nuevo orden político y económico (Hilton, 1969).

En las áreas urbanas el ambiente construido fue modificado para celebrar el triunfo de la independencia política: bulevares y rutas procesionales abrieron perspectivas a los artefactos yuxtapuestos del estado-nación. El congreso fue puesto al frente del palacio presidencial, este último situado simbólicamente en o sobre el viejo complejo administrativo virreinal (Scobie, 1974). Nunca muy lejos se situaba el cuartel de los militares, quienes desafortunadamente utilizaron con prontitud las oportunidades que les fueron proporcionadas como garantes de la constitución. La nueva estatuaría de las plazas públicas mostró los nuevos héroes nacionales: San Martín, Bolívar, Almirante Brown, O’Higgins, y Santander.

Más allá de lo simbólico también comenzaron a aparecer las nuevas funciones de las metrópolis nacionales y regionales: un distrito de las finanzas y negocios con

bancos y sucursales de las principales casas comerciales de Europa; las nuevas zonas residenciales para la élite rica, que emulaba los más modernos estilos arquitectónicos que habían visto en sus frecuentes vacaciones por Europa, y los nuevos y tumultuosos barrios pobres y casas de vecindad (tugurios) (McGee, 1978).

Con los británicos, siempre listos a prestar capital a la nueva élite nacional, despacio pero seguro, nuevas tecnologías fueron importadas. Servicios públicos fueron proveídos para pocos afortunados, vías para tranvías y ferrocarriles ampliaron el alcance de las expansivas ciudades, fortaleciendo la especulación de la tierra y la presencia de un nuevo patrón urbano (Sargent, 1974; Scobie; 1972 y Goodwin, 1977). La élite de las áreas urbanas residenciales alejadas construyó, gracias a las ganancias producidas por la venta o renta de sus propiedades localizadas en el centro, las primeras urbanizaciones severamente contrastantes con las pobres áreas centrales (Benítez, 1965).

En varios países la textura física cambiante de la ciudad fue paralela a una nueva mezcla étnica. Un virtual flujo de inmigrantes los hizo constituirse en enclaves étnicos. Judíos, alemanes, británicos e italianos constituyeron identidades culturales para las nuevas secciones del pueblo (Newton, 1977; Solberg, 1970; Szuchman, 1977; Baily, 1980; 1983; Whiteford, 1981; Bourde, 1974 y Sopher, 1980).

Cada comunidad étnica abasteció las necesidades para sus demandas recreacionales y ocupacionales. Los británicos con sus clubes de críquet y polo, los italianos construyendo sus canchas de boche y los criollos creando lo que imaginaron era el pasatiempo propio de los hombres y mujeres decentes —botear en el club regata sobre el lago Xochimilco, cazar con la jauría de sabuesos en Santiago de Chile (mayo, 1987) un día en las carreras de caballos en el Jockey Club de Buenos Aires— y donde fuera, la cafetería, la sala de estar y fumar, el salón de té y el discreto salón de juego (Bossio, 1968 y Scobie, 1974).

La vieja ciudad colonial fue sobrellevando cambios dramáticos. El lugar de trabajo fue no más cotérmino con el hogar; las nuevas casas fueron modeladas siguiendo el estilo europeo con el patio interno reubicado en el entorno del edificio y simulando una faja verde, normalmente protegida del uso público impropio por una imponente e importada reja de hierro forjado. Estos nuevos palacios hablaban de riqueza y poder (Molina y Castaño, 1987). A partir de esta época, fue posible identificar a la gente no solo por la ubicación y estilo de sus residencias, sino también por el lenguaje que usaban (o su acento afectado), sus vestidos, su comida y tragos preferidos, y aún en algunos casos por la forma en que ellos caminaban y gesticulaban; y siempre, por supuesto, por sus conexiones sociales (Caldeira, 1986 y Needell, 1983). Los lugares proliferaron rápidamente en la Latinoamérica urbana de la república.

En las áreas rurales nuevos paisajes fueron también creados: las innovaciones tecnológicas de Europa y los Estados Unidos hicieron posible que millones de hectáreas fueran cercadas y que la tierra fuera arada por primera vez. Nuevos cultivos, nuevos trabajadores agrícolas y nuevos mercados estimularon el crecimiento económico y la identidad regional. En otros lugares primero la minería de nitratos y del oro, la explotación del guano, y después la minería del cobre, del estaño, del hierro y el petróleo dio lugar a nueva riqueza que fue ocasionalmente invertida en los centros urbanos; la vasta mayoría de los nuevos ricos prefirió no solo imitar a los europeos, sino también unirse a ellos e invertir en Europa. No se debe olvidar que para conocer a los latinoamericanos verdaderamente ricos de 1900 uno habría tenido que visitar los hoteles de Londres o París, y especialmente la Riviera Francesa.

En Chile, al colonial Norte Chico se adicionó el Norte Grande minero y la selva sur colonizada por los alemanes (Butland, 1957; O'Brian, 1982; Pederson, 1966; Berninger, 1929; Vayssiere, 1980 y Blancpain, 1974). Argentina atestiguó la creación de una región en sus nuevas pampas, y en el sur profundo, un grupo de galeses luchó para establecer su Cwn Hafryd (Valle Her-

moso) en Chubut (Slatta, 1983 y Bowen, 1966). En Venezuela central, los alemanes construyeron su propia versión tropical de la Selva Negra, y en la Guayana venezolana, británicos y trinitarios explotaron tan exitosamente los campos de oro de Caratal que las autoridades venezolanas temieron por su soberanía (Robinson, 1973).

En Brasil, Costa Rica, Colombia y Venezuela las tierras de café prosperaron y la colonización alemana procedió rápidamente (Bergquist, 1978; Franca, 1956 y Holloway, 1980). Aún la remota Amazonía sintió la mano del desarrollo (Weinstein, 1983); las estepas de la Patagonia atrajeron la atención de colonialistas escoceses y galeses (Rey, 1961 y Williams, 1964; 1976), y las pampas a sus contrapartes irlandeses (Korol y Sábato, 1979; 1981). A todos estos nuevos centros, donde existía la posibilidad de comercio, llegaron los oficiales consulares británicos, siempre listos para facilitar la importación o exportación de productos.

Todos estos nuevos lugares, y aquellos viejos lugares ya transformados, simbolizaron sus identidades con el nombre. El Dorado, ese lugar del hombre dorado tan diligentemente buscado por los españoles, vino a ser una etiqueta para las docenas de minas en bonanza y probablemente para miles de granjas agrícolas. Los llaneros de Colombia y Venezuela y sus contrapartes, los gauchos en las pampas del sur (Rausch, 1984 y Nichols, 1968); los mistis y cholos peruanos que ahora vinieron a llamarse ayacuchanos, ancashinos y cuzqueños; los duros trabajadores paulistas o antioqueños, que se comparaban favorablemente a sí mismos con los yanquis del norte, y empequeñeciendo los estilos de vida y pretensiones de los cariocas y bogotanos (Parsons, 1986; McGee, 1958 y Dean, 1969); los “Nuevos Chicagos”, “Nuevas Filadelfias”, “Nuevas Californias” y “Nuevas Providencias”; todos los nuevos lugares y los nuevos nombres comenzaron a confundir y desordenar los récords cartográficos cuidadosamente preparados.

Tenemos que recordar que el flujo de inmigrantes (como en muchos países) no siempre fue calurosamente

bienvenido. Muchos en Argentina, Chile y Venezuela vieron a los forasteros como sospechosos ciudadanos. El antisemitismo también se incrementó. Claramente la política de puertas abiertas para la inmigración, básicamente para cubrir las demandas de mano de obra barata, tuvo serias consecuencias. “Gobernar es poblar” fue el dictamen del día, pero algunos preguntaban, ¿quién gobernaría a quién? En los finales del siglo XIX los periódicos chilenos hablaban de los inmigrantes como “más sucios que los perros de Constantinopla”, y “olas de espuma humana tiradas a nuestras playas por otros países” (Solberg, 1970, p. 71). Ramos (1899) describió a un recién llegado inmigrante argentino como:

una persona grosera, uno de aquellos seres bajos que los científicos futuros estudiarán con curiosidad para establecer el eslabón de tipos sucesivos de nuestra evolución. Con sus gustos baratos, sensuales y su amor a los colores brillantes, música ronca y ropa chillona y cursi, ellos son simplemente inferiores (p. 255).

Como los indios de los Andes, los nuevos inmigrantes fueron usados con propósitos nacionalistas, solamente en el interés de aquellos en el poder.

### **Haciendo lugar para el modernismo**

En su precipitado deseo por crear y modernizar los nuevos estados, hubo, por necesidad, algunas regiones y localidades que no gozaron o que sufrieron un mínimo progreso. Nunca hubo, después de todo, suficiente dinero para todos. Se podía identificar rápidamente la iniciación de un nuevo patrón de lugar: lugares de abundancia y lugares de negligencia y provincialismo, ahora percibido como un enfermizo apego a las tradiciones que se ponían en conflicto con las nuevas demandas del estado (Wirth, 1977; Levine, 1978; Love, 1980; Weinstein, 1982; Mallon, 1983; Montoya, 1981; González, 1985 y Demelas, 1980).

Los que no participaron en el proceso político, porque fueron desautorizados por la ley o fueron simplemente ignorantes de la materia, encontraron que la respuesta

de los poderosos fue, en el mejor de los casos, una benigna negligencia (Schmitt, 1969). Cuando en ocasiones los inconvenientes de la democracia demandaban votos, los jefes regionales (caudillos) siempre podían sobornar o amenazar a un número necesario de campesinos (Brading, 1980). La independencia política, en los inicios del siglo XIX, después de todo, había hecho muy poco para cambiar la situación de empleo en las haciendas: los gamonales todavía tenían el poder y mantenían a los demás en su lugar.

Por 1880 era claro que para progresar había que aproximarse a la ciudad. En el siglo siguiente una inundación de migrantes dejó lo inadecuado de sus pequeños pueblos rurales por la promisoriosa ciudad (Graham & Buarque, 1971; Hagerman, 1978; Castellanos, 1975 y Laite, 1981). Los latinoamericanos del siglo XX han tenido que andar hacia la modernidad.

Ocasionalmente, un brote de protestas rurales podía estallar, pero las posibilidades del contagio fueron fácilmente limitadas por la relativamente eficiente combinación de brutalidad policial y mínimas ofertas de reforma (Benjamín y McNellie, 1984). Aún en el despertar del cambio revolucionario de México, que reconstruyó el paisaje agrícola de vastas áreas, no es difícil encontrar a aquellos que estaban dispuestos a sacrificar el potencial cambio radical por un menos riesgoso —y ciertamente más cómodo— beneficio del conformismo. Solo bajo las más provocadoras y represivas circunstancias los latinoamericanos han optado por luchas armadas y rebeliones abiertas, en algunos casos en alianza con fuerzas ideológicas no locales (Womack, 1969; Ruiz, 1976; Wasserman, 1984; Crockroft, 1983 y Katz, 1976).

Una cosa es cierta: en los últimos veinte años América Latina ha presenciado una reemergencia de identidades y acciones locales y regionales en las áreas urbana y rural. En su movimiento a las ciudades los migrantes no han roto vínculos con sus lugares de origen, ni se han asimilado a la blanda y homogénea cultura urbana. Al contrario, la evidencia muestra el mantenimiento

de lazos sociales y el fortalecimiento de las raíces culturales (Collier, 1976; Doughty, 1978; Hirobayashi, 1986 y Roberts, 1974). Los clubes regionales (Lima en 1985 tenía alrededor de 1.850) ofrecen un nuevo mecanismo institucional que reemplaza la proximidad residencial como el *sine qua non* de la identidad comunitaria. La intensidad de las reuniones de fin de semana parece más que compensar la falta de contacto diario (Altamirano, 1984). Su lugar en la ciudad es pues no una zona residencial segregada de la ciudad, sino más bien un punto de reunión.

Cuando el estado no pudo proveer a estos inmigrantes el refugio y servicios necesarios, ellos lograron lo que por muchos años habían hecho en sus comunidades rurales: ayudarse mutuamente. Los millones de casas en las barriadas, ranchos, tugurios, callampas y favelas han sido hechas sin la participación de ingenieros civiles y arquitectos admiradores del concreto y el sofisticado estilo; esas casas hablan elocuentemente de soluciones locales a los problemas locales. Las faenas y turnos han logrado lo que ningún ministro de vivienda con apoyo internacional ha podido o ha estado dispuesto a hacer (Lobo, 1982; Portes, 1979 y Conway & Brown, 1980). Por supuesto, a los ojos de aquellos que prefieren la elegancia comprada con una hipoteca, las viviendas y características de estas comunidades periféricas fueron criticadas, reformadas, erradicadas y reubicadas mucho más allá de la vista de las áreas bellas y elegantes (Epstein, 1973 y Holsten, 1986).

Ocasionalmente, las autoridades municipales requerían el asesoramiento de supuestos expertos para manejar los siempre incrementados problemas de la extensión metropolitana. Río de Janeiro es un caso ilustrativo. Le Corbusier, quien fue invitado a visitar a Río en 1929, admitió haber sido inspirado por la transparente belleza de la localización de la ciudad; tanto que admitió “un fuerte deseo, un poco loco quizás, de intentar un aventura humana: el deseo de establecer una dualidad, crear la afirmación del hombre contra o con la presencia de la naturaleza” (Evenson, 1973, p. 52). Esta afirmación, sin embargo, hubiera tomado la forma de una inmensa

autopista de cien metros de alto con bloques de apartamentos debajo, la cual para Le Corbusier hubiera sido “una poesía de geometría”. Afortunadamente para Río este poema quedó sobre el papel y todavía se puede gozar la caótica belleza de Copacabana e Ipanema.

Los políticos rápidamente apreciaron los beneficios potenciales del sentimentalismo arraigado en los niveles locales y regionales (Oszlak, 1981). Muchos de los principales asuntos políticos del siglo xx, en América Latina, pueden haberse originado en el contexto de un conjunto de circunstancias específicas (Wortman, 1976 y Flores, 1977). Los conservadores serranos de Quito, por ejemplo, de pronto chocaron con los arrogantes liberales de Guayaquil, quienes vieron beneficios en el nuevo orden social basado en el comercio (Deler, 1981 y Alaya, 1978).

En cada país las raíces de la ideología del partido pueden ser buscadas en pequeñas localidades, en individuos en contextos que demandaron una reapreciación de la justicia social y de las políticas estatales (Magallanes, 1973; Schwartzman, 1973; Hardoy y Langdon, 1982; Murilo, 1980; Park, 1985 y Anderle, 1985).

Para la ideología de izquierda, la ciudad con su flagrante ostentación de riqueza y capitalismo yanqui ha sido puesta en la mira de la crítica y ha fomentado el reclutamiento de partidarios. Los guerrilleros y subversivos (así definidos por el estado), en razón de que los campesinos rechazaron o no les fue permitido aceptar la oferta de la revolución armada, se trasladaron a las ciudades: sandinistas, fidelistas, tupamaros, montoneros, senderistas; la lista es larga (Kohl & Litt, 1974; Gott, 1970 y Gillespie, 1983).

Para muchos que deseaban un cambio social más rápido en las recientes décadas, sus lugares y sus comunidades se convirtieron en sus tumbas; en las tierras frías y altas de Ayacucho (Perú), en Uchuraccay y en docenas de todavía no identificados lugares los desaparecidos han hecho el último sacrificio por sus viejas y nuevas tradiciones (Thorndike, 1983).

Sin embargo, más allá de las escalas locales y nacionales el lugar relativo de América Latina, en la estructura de poder del continente y en la expansionista política económica mundial, comenzó lamentablemente a ser establecido. El voraz y codicioso saqueo de recursos de John Bull en el siglo xix fue reemplazado por la paternalista atención del Tío Sam en nuestro siglo. Los “hijos latinos” pudieron quedarse tranquilos y felices bajo la protectora custodia de Mr. Monroe, las “hijas errantes” pudieron ser gentilmente persuadidas de portarse con propiedad; los enfadados vecinos latinos debían ser aguantados, aunque no muy plazeramente, por el gran país del norte y un reformista dolor de garganta o una úlcera revolucionaria pudieron ser curados con dólares o cuando fue necesario, por la fuerza (Johnson, 1980). Los latinoamericanos comenzaron a ser conscientes del lugar en que habían sido ubicados por sus más poderosos vecinos del norte. Se dieron cuenta de que los “americanos” eran ahora anglos y no latinos, y resintieron profundamente el hecho de ser vistos como una virtual vergüenza al progreso del hemisferio. Una vez formados los estereotipos sobre gente y lugar, cambiarlos ha resultado difícil.

Todavía al interior de América Latina misma los problemas de lugar continúan. Los intentos de regionalización del desarrollo económico se han estrellado en las rocas del regionalismo y en los deseos de los pueblos que no quieren seguir las prescripciones de los científicos del espacio geográfico y los agentes del poder (Harris, 1983; Delgado, 1984 y Whitehead, 1973). El sentimiento por el lugar ha sorprendido a más de un político o consultor internacional de desarrollo. Desafortunadamente, nos faltan los medios técnicos para incluir tales sentimientos y deseos en la planificación y en la política de toma de decisiones; por tanto, los conflictos y las tensiones continúan.

Sin embargo, hay por lo menos una tendencia en la cual el lugar y el afecto al lugar están logrando significativos y positivos avances; esto es el rápido desarrollo de la industria turística, la cual ha hecho quizá más por la preservación del lugar que cualquier otro esfuerzo du-



rante los últimos veinte años. Pocos son los países que no tienen ahora un Ministerio o Secretaría de Turismo que intenta dirigir a los turistas visitantes a una variedad de lugares notables. Lugares pintorescos, tradicionales, remotos y exóticos han vuelto a crecer. Resulta aún mejor si esos lugares tienen un fotogénico folclor de colorido, música y canciones (mientras más inteligibles mejor), danzas, artesanías y extrañas costumbres. Súbitamente, el mundo moderno tiene ansias por conocer y visitar nuevos lugares, y Latinoamérica tiene la fórmula de tener preeminencia en la lista de preferencias (Bryden, 1973). Aun el turismo interno es ahora una industria en auge en muchos países. La población urbana está siendo persuadida a “descubrir” su propio país, y el transporte moderno ha hecho de cualquier lugar un sitio de posible itinerario.

### Conclusiones

Aunque este ensayo sobre la importancia y significado de “lugar” en América Latina solo nos ha permitido observar un panorama fugaz de un tema que demanda una más detallada atención, algunas conclusiones pueden ser formuladas. Primera, existe siempre un asunto de escala. Si los lugares son construcciones sociales, entonces ¿cómo podríamos comparar, por decir mejor, la casa o el hogar con el estado-nación? ¿Quizá debíamos preocuparnos por los mecanismos operacionales que permiten a la personas apegarse a los lugares de tantas diferentes formas? Al nivel de la unidad doméstica o villa pequeña, el parentesco es de mucha significación en la intensidad y frecuencia de la interacción. Sin embargo, teniendo en cuenta que en los niveles de sistemas de ciudades solo, quizá solo, algunas familias pueden mantener lazos, es un hecho que la población remanente recurrirá al uso de las variadas instituciones existentes que proliferan, como clubes, escuelas, vecindades, tiendas, etc., para mantener su vinculación cultural anterior. Por tanto, el apego al lugar no se debilita con la modernización, sino que se transforma en nuevas y sutiles semejanzas. Uno puede ser una persona de muchos lugares en vez de ser de uno solo; y uno podría ser de cualquiera de aquellos lugares por

diferentes periodos. Se podrían comparar las historias de vida (o geobiografías) de distintos grupos dentro de la sociedad para ver que el lugar potencial de alguien se incrementa enormemente en cuanto la cultura se hace más compleja (Hernando, 1973).

Segunda, la evidencia del desarrollo de América Latina muestra que cada cultura tiene su manera propia y particular de usar y asignar un valor al lugar. Sin embargo, aún el concepto de cultura podía ser demasiado burdo para estimar o evaluar la significación del lugar. Tendríamos solo que examinar los resultados diferenciales de la creación de lugar por las clases ricas y pobres de la misma cultura, para ver que las gradaciones sociales más finas de análisis son necesarias. Igualmente, importante es el factor tiempo: dentro de la misma clase social podría tener lugar un significado bastante distinto de un periodo a otro.

Tercera, lugar experiencial —aquellos lugares que uno conoce personalmente a través de las suelas de sus propios zapatos, o las plantas de sus propios pies, a través de sufrir su clima, a través del amor o el odio hacia la gente que allí vive—. Estos lugares, desearía distinguirlos de los lugares conceptuales, lugares que uno visita rara vez, lugares en los que alguna vez se vive y por los cuales uno estaría preparado para pelear o morir (Tuan, 1975). El lugar conceptual descansa sobre construcciones mentales en el sentido de que la información sobre la cual basamos nuestros sentimientos es significativamente indirecta. Es el caso de los comentarios de un fraile franciscano, quien en el siglo XVI habló de “Las Indias”, cuando es improbable que él hubiese estado más lejos de la isla caribeña de La Española. O los puntos de vista de los literatos argentinos respecto al salvajismo y primitivismo del campo del siglo XIX, cuando ellos habían dejado con mucha dificultad la comodidad de Buenos Aires (Franco, 1969). O la disposición de muchos argentinos de enviar a sus hijos a morir por un pequeño grupo de islas en las congeladas aguas del Atlántico sur (Gamba, 1986 y Coll & Arend, 1985). Esta es la conciencia del sentimiento de lugar que es bastante diferente de aquel de la gente cuyos lugares son de su propia creación.

Cuarta, el significado dual de lugar en inglés (quiero decir lugar como localización y como rango y orden) encaja muy bien en los patrones de la percepción del lugar en América Latina. La coincidencia de la centralidad espacial y la importancia social en el periodo colonial es por sí misma evidente. Aún más interesante es el hecho de que la élite pudo cambiar sus lugares geográficos o residencias y, al mismo tiempo, mantener su rango social. Debíamos quizás adicionar, a sus muchos otros atributos, la habilidad de mantener prestigio al mismo tiempo que cambiar de identidad.

Quinta, existe una persistencia de lugar. ¿Cuán difícil ha sido en América Latina erradicar completamente los lugares una vez construidos e identificados? Quizá la memoria social es también abastecida por los artefactos del paisaje, como lo es por cualquier texto escrito.

Finalmente, el tamaño también crea una diferencia. Después de todo, lo grande crea confianza. ¿A quién, en el poderoso Brasil, le importa realmente lo que está pasando en las remotas y silvestres sierras de Honduras? ¿O quién en México conoce el lugar donde los peruanos y argentinos están proponiendo reubicar sus capitales nacionales? Debemos recordar que lo que para uno es sagrado para otro es profano —profanación y utilización de recursos son los dos lados de la misma moneda en el desarrollo—. Hay siempre un confort en la planificación de lugares en los cuales otros van a vivir.

De una cosa debemos estar seguros; si Latinoamérica nos provee de algo con abundancia es en la persistente significación del lugar. Lo único que queda por hacer para Latinoamérica es lograr el lugar que a ella (o colectivamente a su gente) le corresponde en el hemisferio o en el mundo. Con Washington en el centro del mapamundi contemporáneo, parece una débil esperanza. Sin embargo, los latinoamericanos han aprendido, a través de su experiencia de siglos, que la esperanza en el futuro del lugar es el sello característico de su herencia cultural.

## Referencias

Adorno, R. (1986). *Guaman Poma: Writing and resistance in Colonial Peru*. Austin: Universidad de Texas.

Alaya, E. (1978). *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*. Quito: Centro de Publicaciones, Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

Altamirano, T. (1984). *Presencia andina en Lima metropolitana: estudio sobre migrantes y clubes de provincianos*. Lima: Pontificia Universidad Católica.

Anderle, A. (1985). *Los movimientos políticos en el Perú*. La Habana: Casa de las Américas.

Archivo Nacional de Colombia (1976). José Peinado y José Antonio Piedrahita, Alférez Real y Teniente Oficial de Medellín, en pleito por preeminencia de asiento en las ceremonias públicas. Sección Policía, vol. x, fols. 537-703.

Arciniegas, G. (1966). Civilization an Barbarism. En *Latin America: A Cultural History* (pp. 351-377). Nueva York: Barrie & Jenkins.

Baily, S. L. (1980). Marriage Paterns and Inmigrant Assimilation in Buenos Aires, 1882-1923. *Hispanic American Historical Review*, 60(1), 32-48.

Baily, S. L. (1983). The Adjustment of Italian Inmigrants in Buenos Aires and New York, 1870-1914. *American Historical Review*, 88(2), 301-325.

Balmori, D., Voss, S. & Wertman, M. (1984). *Notable Family Networks in Latin America*. Chicago: University of Chicago Press.

Benítez, L. (1965). *Para la antología de los barrios porteños. "Los Olivos". Barracas al Norte, 1895-1960*. Buenos Aires: s. e.

Benjamin, T. & McNellie, W. (Eds.) (1984). *Other Mexicos: Essays on Regional Mexican History, 1876-1911*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Bergquist, C. (1978). *Coffee and Conflict in Colombia, 1886-1910*. Durham: Duke University Press.

Bergquist, C. (1986). *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia*. Stanford: Stanford University Press.

Berninger, O. (1929). *Wald und Offenes Land in Süd-Chile seit der Spanischen Eroberung*. Stuttgart: s. e.

Blancpain, J. (1974). *Les Allemands au Chili, 1816-1945*. Colonia: Böhlau.

Borah, W. (1972). European Cultural Influences in the Foundation of the First Plan for Urban Centers, that Have Lasted to our Time. En R. P. Schaedel et al. (Eds.) *Urbanización y proceso social en América Latina*. Lima: IEP.

Borah, W. (1984). Trends in Recent Studies of Colonial Latin American Cities. *Hispanic American Historical Review*, 64(3), 535-554.

Bossio, J. A. (1968). *Los cafés de Buenos Aires*. Buenos Aires: s. e.

Bourde, G. (1974). *Urbanisation et Immigration en Amérique Latine. Buenos Aires XIXe-XXe siècles*. Paris: s. e.

Bowen, E. (1966). The Welsh Colony in Patagonia, 1865-1885: A Study in Historical Geography. *Geographical Journal*, 132(1), 16-32.

Brading, D. A. (1973). *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Era.

Brading, D. A. (Ed.) (1980). *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bryden, J. M. (1973). *Tourism and Development*. Cambridge: Cambridge University Press.

Burrus, E. J. (1954). *The Santander Regime in Gran Colombia*. Newark: University of Delaware Press.

Butland, G. J. (1957). *The Human Geography of Southern Chile*. Londres: George Philip.

Buttimer, A. & Seamon, J. (1980). *The Human Experience of Space and Place*. Londres: Croom Helm.

Caldeira, T. P. (1986). Houses of Respect. En *Latin American Studies Association Meeting*. Boston: s. e.

Campos, F. (1960). *Desarrollo educacional, 1810-1960*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Carrasco, P. (1961). The Civil-Religious Hierarchy in Mesoamerican Communities Pre-Spanish Background and Colonial Development. *American Anthropologist*, 63(3), 483-497.

Carrasco, P. (1972). La casa y hacienda de un señor halhuica. *Estudios de Cultura Nahuatl*, x, 225-244.

Castellanos, M. E. (1975). La población de Venezuela. Migraciones internas y distribución espacial, 1908-1935. *Semestre Histórico*, 1, 5-62.

Chávez, M. (1970). Ciudades incas: Cusco, capital del imperio. *Wayka*, 3, 1-14.

Cline, H. F. (1949). Civil Congregation of the Indians in New Spain, 1598-1606. *Hispanic American Historical Review*, 29(3), 349-369.

Clissold, S. & Hennessy, A. (1968). Territorial Disputes. En C. Véliz (Ed.), *Latin American and the Caribbean* (pp. 403-412). Londres: Anthony Blond.

Crockroft, J. D. (1983). *México: Class Formation, Capital Accumulation, and the State*. Nueva York: Monthly Review Press.

Coll, A. & Arend, A. (1985). *The Falkland War, Lessons for Strategy, Diplomacy and International Law*. Boston: George Allen & Unwin.

- Collier, D. (1976). *Squatters and Oligarchs: Authoritarian Rule and Policy Change in Perú*. Londres: The Johns Hopkins University Press.
- Conway, D. & Brown, J. (1980). Intra-urban Relocation and Structure: Low Income Migrants in Latin America and the Caribbean. *Latin American Research Review*, 15(3), 95-126.
- Dean, W. (1969). *The Industrialization of Sao Paulo, 1880-1945*. Austin: The University of Texas Press.
- Deler, J. P. (1981). *Genèse de l'espace Équatorien. Essai sur le Territoire et la Formation de l'état National*. Paris: A. D. P.
- Delgado, C. (Comp.) (1984). *La crítica del centralismo y la cuestión regional*. Lima: Centro de Documentación e Información Andina - Centro de Estudios para el Desarrollo.
- Demelas, D. (1985). *Nationalisme sans Nation? La Bolivie aux XIX-XX siècles*. Paris: CNRS.
- Doughty, P. L. (1974). Behind the Back of the City: "Provincial" Life in Lima, Perú. En W. Mangin (Ed.), *Peasants in Cities* (pp. 30-46). Boston: Houghton Mifflin.
- Dykerhoff, U. (1984). Mexican Toponyms as a Source in Regional Ethnohistory. En H. R. Harris & H. Prem (Eds.), *Explorations in Ethnohistory* (pp. 229-252). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Ebbing, J. E. (1965). *Aimara: gramática y diccionario*. La Paz: Don Bosco.
- Eidt, R. C. (1971). *Pioneer Settlement in Northeast Argentina*. Madison: Georges P.
- Epstein, D. G. (1973). *Brasilia Plan and Reality: A Study of Planned and Spontaneous Urban Development*. Berkeley: University of California Press.
- Escudé, C. (1988). Argentine Territorial Nationalism. *Journal of Latin American Studies*, 20(1), 139-165.
- Evenson, N. (1973). *Two Brazilian Capitals: Architecture and Urbanism in Rio de Janeiro and Brasilia*. New Haven: Yale University Press.
- Fals-Borda, O. (1956). Indian Congregations in the New Kingdom of Granada. *The Americas*, 13(4), 331-351.
- Farris, N. M. (1978). Nucleation Versus Dispersal: the Dynamics of Population Movement in Colonial Yucatan. *Hispanic American Historical Review*, 58(2), 187-216.
- Fishburn, E. (1981). *The Portrayal of Immigration in Nineteenth Century Argentine Fiction, 1845-1902*. Berlin: Colloquium Verlag.
- Flores, A. (1977). *Arequipa y el sur Andino, siglos XVIII-XX*. Lima: IEP.
- Franca, A. (1956). *A Marcha do café e as Frentes Pioneras*. Sao Paulo: s. e.
- Franco, J. (1969). *Spanish American Literature*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Friederici, G. (1960). *Amerikanistischer Wörterbuch und Hilfswörterbuch für den Amerikanisten*. Hamburgo: De Gruyter & Co.
- Gade, D. W. (1974). The Latin American Central Plaza as a Functional Space. En R. J. Tata (Ed.), *Latin America: Search for Geographic Explanations* (pp. 16-234). Boca Ratón: s. e.
- Gamba, V. (1986). *The Falklands/Malvinas War: A Model of North South Crises Prevention*. Nueva York: Harper Collins.
- Gasparini, G. (1962). *La casa colonial venezolana*. Caracas: Centro Estudiantes de Arquitectura, Universidad Central de Venezuela.

Gibson, C. (1964). *The Aztecs under Spanish Rule*. Stanford: Stanford UP.

Gillespie, R. (1982). *Soldiers of Peron: Argentina's Montoneros*. Oxford: Oxford University Press.

Góngora, M. (1975). Urban Social Stratification in Colonial Chile. *Hispanic American Historical Review*, 55(3), 421-448.

González, L. (1948). El optimismo nacionalista como factor de la independencia de México. *Estudios de Historiografía Americana*, 12, 143-168.

González, M. J. (1985). *Plantation Agriculture and Social Control in Northern Peru, 1875-1933*. Austin: The University of Texas Press.

Goodwin, P. B. (1977). The Central Argentine Railway and the Economic Development of Argentina, 1854-1881. *Hispanic American Historical Review*, 57, 626-640.

Gossen, G. H. (1974). *Chamulas in the World of the Sun: Time and Space in a Maya Oral Tradition*. Cambridge: Waveland Pr Inc.

Gott, R. (1970). *Rural Guerrillas in Latin America*. Londres: Thomas Nelson and Sons.

Graham, D. H. & Buarque, S. (1971). *Migration Regional and Urban Growth and the Development of Brazil*. Sao Paulo: Instituto de Pesquisas Económicas.

Gravales, G. (1978). *Historia urbana del reino de Chile*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Hagerman, A. (1978). *Internal Migration in Chile to 1921* [Disertación Doctoral]. Universidad de California, Los Angeles, Estados Unidos.

Hall, C. (1976). *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.

Hall, M. M. & Spalding, H. A. (1986). The Urban Working Class and Early Latin American Labour Movements, 1880-1930. En L. Bethell (Ed.), *Cambridge History of Latin America*, (vol. IV, pp. 325-366). Cambridge: Cambridge University Press.

Hardoy, J. E., y Langdon, M. E. (1982). *El pensamiento regional en Argentina y Chile entre 1850 y 1930* [inédito].

Harris, R. (1983). Centralization and Decentralization in Latin America. En G. S. Cheema & D. A. Rondinelli (Eds.), *Decentralization and Development. Policy Implementation in Developing Countries*. Beverly Hills: Sage.

Harrison, R. (1982). Modes of Discourse: the Relación de Antigüedades deste reyno del Piru, by Joan de Santacruz Pachacuti Yanqui Salcamaygua. En R. Adorno (Ed.), *From Oral to Written Expression: Native Andean Chronicles of the Early Colonial Period*. Siracusa: FACS.

Hawkins, J. (1984). *Inverse Images: The Meaning of Culture, Ethnicity and Family in Postcolonial Guatemala*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Hernando, D. (1973). *Casa y familia: Spatial Biographies of Nineteenth Century Buenos Aires* [Disertación Doctoral]. Universidad de California, Los Angeles, Estados Unidos.

Hilton, R. (Ed.) (1969). *The Movement Toward Latin American Unity*. Nueva York: Praeger.

Hirobayashi, L. R. (1986). The Migrant Village Association in Latin America: A Comparative Analysis. *Latin American Research Review*, 21(3), 7-30.

Hoberman, L. S. (1986). Conclusion. En L. S. Hoberman & S. M. Socolow (Eds.), *Cities and Societies in Colonial Latin America*. Albuquerque: New México Press.

Holmer, N. M. (1960). Indian Placenames in South America and the Antilles. *Names*, 8, 133-149.

Holloway, T. (1980). *Inmigrants on the Land. Coffee and Society in Sao Paulo 1886-1934*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

Holsten, J. (1986). *The Modernist City: Architecture, Politics and Society in Brasilia* [Disertación Posdoctorado]. Yale University, New Haven, Estados Unidos.

Humphreys, R. A. (1957). The Caudillo Tradition. En M. Howard (Ed.), *Soldiers and Governments: Nine Studies in Civil-Military Relations* (pp. 149-165). Londres: Eyre and Spottiswoode.

Humphreys, R. A. (1969). *Tradition and Revolt in Latin America*. Londres: ACLS Humanities.

Isabell, B. J. (1978). *To Defend Ourselves: Ecology and Ritual in an Andean Village*. Austin: The University of Texas Press.

Johnson, J. J. (1980). *Latin America in Caricature*. Austin: The University of Texas Press.

Joseph, G. M. (1982). *Revolution from Without: Yucatán, Mexico and the United States, 1880-1924*. Cambridge: Cambridge University Press.

Karnes, T. (1983). *The Failure of Union: Central America, 1824-1960*. Chapel Hill: UNC Press Enduring Edition.

Karttunen, F. (1983). *An Analytical Dictionary of Nahuatl*. Austin: University of Oklahoma Press.

Katz, F. (1976). Peasants in the Mexican Revolution of 1910. En J. Spielberg & S. Whiteford (Eds.), *Forging Nations: A Comparative View of Rural Ferment and Revolt. Lansing* (pp. 61-85). East Lansing: Michigan State University Press.

Kemper, R. (1977). *Migration and Adaptation: Tzintzuntzan Peasants in Mexico City*. Beverly Hills: Sage.

Kicza, J. (1983). *Colonial Entrepreneurs: Families and Business in Bourbon Mexico City*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Kohl, J. & Litt, J. (1974). *Urban Guerrilla Warfare in Latin America*. Boston: The MIT Press.

Korol, J. C., y Sábato, H. (1979). "The Camps": *inmigrantes irlandeses en la provincia de Buenos Aires, 1870-1890*. Buenos Aires: s. e.

Korol, J. C., y Sábato, H. (1981). *Cómo fue la inmigración irlandesa en la Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Kuznesof, E. & Oppenheimer, R. (Eds.) (1985). The Latin American Family in the Nineteenth Century. *Special Issue of Family History*, 10, 215-234.

Lafaye, J. (1976). *Quetzalcoatl an Guadalupe: The Formation of Mexican National Consciousness, 1531-1851*. Chicago: The University of Chicago Press.

Laite, J. (1981). *Industrial Development and Migrant Labor in Latin America*. Austin: The University of Texas Press.

Leeds, A. (1973). Locality Power in Relation to Supralocal Power Institutions. En A. Southall (Ed.), *Urban Anthropology: Cross Cultural Studies of Urbanization* (pp. 15-41). Nueva York: OUP.

Leff, N. H. (1982). *Underdevelopment and Development in Brazil*. Londres: Allen & Unwin.

León-Portilla, M. (1984). Mesoamerica Before 1519. En L. Bethell (Ed.), *Cambridge History of Latin America* (vol. 1, pp. 3-36). Cambridge: Cambridge University Press.

Levine, R. M. (1978). *Pernambuco in the Brazilian Federation, 1889-1937*. Stanford: Stanford University Press.

Lira, J. A. (1944). *Diccionario kkechuwa-español*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

Lobo, S. (1982). *A House of My Own: Social Organization in the Squatter Settlements of Lima, Peru*. Tucson: University of Arizona Press.

Lockhart, J. (1976). Capital and Province, Spaniard and Indian: the Example of Late-sixteenth Century Toluca. En I. Altman & J. Lockhart (Eds.), *Provinces of Early México*. Los Ángeles: UCLA.

Lockhart, J. (1985). Some Nahua Concepts in Post-conquest Guise. *History of European Ideas*, 6, 465-482.

Lockhart, J. & Schwartz, S. B. (1983). *Early Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.

López-Baralt, M. (1979). La persistencia de las estructuras simbólicas andinas en los dibujos de Guamán Poma de Ayala. *Journal of Latin American Lore*, 5(1), 83-116.

Love, J. L. (1980). *Sao Paulo in the Brazilian Federation, 1889-1937*. Stanford: Stanford University Press.

Lovell, W. G. (1985). *Conquest and Survival in Colonial Guatemala*. Kingston: Queen's - McGill UP.

Lowenthal, D. (1985). *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press.

Lynch, J. (1973). *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*. Nueva York: W. W. Norton.

Lynch, J. (1981). *Argentine Dictator: Juan Manuel de Rosas, 1829-1852*. Oxford: Clarendon Press.

Magallanes, M. V. (1973). *Los partidos políticos en la evolución venezolana*. Caracas: Mediterránea.

Málaga, A. (1975). Las reducciones en el virreinato del Perú (1532-1580). *Revista de Historia de América*, (80), 9-45.

Mallon, F. E. (1983). *The defense of Community in Perú's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton: Princeton University Press.

Mayo, J. (1987). *British Merchants and Chilean Development, 1851-1886*. Boulder: Westview Press.

Mayer, J. (1973). *La Revolution Mexicaine*. París: Calmann-Lévy.

McGee, R. (1958). *From Community to Metropolis: a Biography of Sao Paulo*. Gainesville: Literary Licensing.

McGee, R. (1978). Cities and Society in Nineteenth Century Latin América: the Illustrative Case of Brazil. En R. Schaedel, J. E. Hardoy & N. Scott (Eds.), *Urbanization in the Americas from its Beginnings to the Present Day*. La Haya: Mouton Publishers.

Mead, W. R. (1954). The Language of Place. *Geographical Studies*, (1), 63-68.

Molina, L., y Castaño, O. (1987). "El Burro de Oro": Carlos Coriolano Amador, empresario antioqueño del siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 24(13), 3-27.

Montoya, R. (1981). *Capitalismo y no capitalismo en el Perú: un estudio histórico de su articulación en un eje regional*. Lima: Mosca Azul.

Moreno, A. (1969). Toponimia y análisis histórico. *Historia Mexicana*, 19(1), 1-10.

Moreno, A. (Ed.) (1978). *Ciudad de México: ensayo de construcción de historia*. México: INAH.

Morner, M. (1953). *The Political and Economic Activities of the Jesuits in the La Plata Region*. Estocolmo: Victor Pettersons Bokindustri Aktiebolag.

Murilo, J. M. (1980). *A Construção da Orden. A Elite Política Imperial*. Rio de Janeiro: Campus.

- Murra, J. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Murra, J. (1984). Andean Societies Before 1532. En L. Bethell (Ed.), *Cambridge History of Latin America* (vol. 1, pp. 59-90). Cambridge: Cambridge University Press.
- Needell, J. D. (1983). Rio de Janeiro at the Turn of the Century: Modernization and the Parisian Ideal. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 25(1), 83-103.
- Newton, R. C. (1977). *German Buenos Aires, 1900-1933: Social Change and Cultural Crisis*. Austin: The University of Texas Press.
- Nichols, M. (1968). *The Gaucho*. Nueva York: Duke University Press.
- Nuttall, Z. (1921-1922). Royal Ordinances Concerning the Laying Out of New Towns. *Hispanic American Historical Review*, 4, 743-753; 5, 249-254.
- O'Brian, T. F. (1982). *The Nitrate Industry and Chile's Critical Transition, 1870-1891*. Nueva York: New York University Press.
- Oliver-Smith, A. (1986). *The Martyred City: Death and Rebirth in the Andes*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Oszlak, O. (1981). The Historical Formation of the State in Latin America: Some Theoretical and Methodological Guidelines for its Study. *Latin American Research Review*, 16(2), 3-32.
- Park, J. W. (1985). *Rafael Núñez and the Politics of Colombian Regionalism, 1863-1886*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- Parsons, J. J. (1986). *Antioqueño Colonization in Western Colombia*. Berkeley: University of California Press.
- Pease, F. (Ed.) (1985). *Nueva crónica y buen gobierno de Felipe Guamán, Poma de Ayala*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Pederson, N. (1966). *The Mining Industry of the Norte Chico, Chile*. Evanston: Northwestern University.
- Pike, F. B. (1973). *Spanish America, 1900-1970: Tradition and Social Innovation*. Londres: Thames & Hudson.
- Pitt-Rivers, J. A. (1954). *The People of the Sierra*. Chicago: University of Chicago Press.
- Platt, T. (1978). Symetries en Miroir. Le Concept de *yanantin* chez les Macha de Bolivie. *Annales*, 33(5-6), 1101-1112.
- Portes, A. (1979). Housing Policy, Urban Poverty and the State: the *favelas* of Rio de Janeiro, 1972-1976. *Latin American Research Review*, 14(2), 3-24.
- Ramos, D. (1979). Villa Rica: Profile of a Colonial Brazilian Urban Center. *The Americas*, 35(4), 495-526.
- Ramos, J. M. (1899). *Las multitudes argentinas*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos.
- Rausch, J. M. (1984). *A Tropical Plains Frontier: The Llanos of Colombia, 1531-1831*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Raymond, J. (1952). The Indian Mind in Mexican Toponyms. *América Indígena*, 12, 205-216.
- Reina, R. (1973). *Paraná: Social Boundaries in an Argentine City*. Austin: The University of Texas Press.
- Relph, E. C. (1976). *Place and Placelessness*. Londres: Pion.
- Rey, R. (1961). *Geografía histórica de la Patagonia* [Tesis Doctoral]. Buenos Aires, s. d.
- Ricard, R. (1933). *La Conquete Spirituelle du Mexique*.



*Essai sur l'apostolat et les Methodes Missionaires des Ordres Mendicants en Nouvelle Espagne, de 1523 a 1572.* París: Institut d'Ethnologie.

Roberts, B. R. (1974). The Interrelationship of City and Provinces in Perú and Guatemala. *Latin American Urban Research*, 4, 207-235.

Robertson, D. (1978). *A Behavioural Portrait of the Mexican Plaza Principal* [Tesis Doctoral]. Universidad de Siracusa, Nueva York, Estados Unidos.

Robinson, D. J. (1969). Cultural and Historical Perspective in Areas Studies: The Case of Latin America. En R. U. Cooke y J. J. Johnson (Eds.), *Trend in Geography*. Londres: Pergamon.

Robinson, D. J. (1973). Explotación de oro y su impacto en el panorama cultural de la Guayana venezolana en el siglo XIX. *Boletín de la Academia de Ciencias Naturales*, 31, 64-111.

Robinson, D. J. (1975). The Syndicate System of the Catalan Capuchins of Colonial Southeast Venezuela. *Revista de Historia de América*, (79), 63-79.

Robinson, D. J. (1979a). From Colonial Space to Place. En D. J. Robinson (Ed.), *Social Fabric and Spatial Structure in Colonial Latin America* (pp. 22-24). Ann Arbor: UMI.

Robinson, D. J. (1979b). Córdoba en 1779: ciudad y campaña. *Gaea*, (17), 279-312.

Robinson, D. J. (1988). ¿La ciudad colonial hispano-americana: símbolo o texto? En J. L. Peset (Ed.), *La ciencia española e Iberoamérica* (pp. 269-279). Madrid: s. e.

Robinson, D. J. (Ed.) (1989). *Population Migration in Colonial Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press.

Robinson, D. J. (1989). Liberty, Fragile Fraternity,

and Inequality in Early Republican Spanish America: Measuring the impact of French Revolutionary Ideals. En A. R. H. Baker (Ed.), *Politics and Place: French Revolutionary Ideals and Historical Geography*. Cambridge: Cambridge University Press.

Roseberry, W. (1983). *Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes*. Austin: The University of Texas Press.

Ruiz, R. E. (1976). *Labor and the Ambivalent Revolutionaries: México 1911-1923*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Sack, R. D. (1980). *Conceptions of Space in Social Thought*. Londres: Macmillan.

Sack, R. D. (1986). *Human Territoriality*. Cambridge: Cambridge University Press.

Santos, M. (1985). *Spaço & Método*. Sao Paulo: Nobel.

Sargent, C. (1974). *The Spatial Evolution of Greater Buenos Aires, 1870-1930*. Tempe: University of Arizona Press.

Schmitt, H. C. (1969). *The Roots of Lo Mexicano: Self and Society in Mexican Thought, 1900-1934*. Texas: Texas A. M. University Press.

Schwartzman, S. (1973). *Regional Cleavages and Political Patriarchalism in Brazil* [Tesis Doctoral]. Universidad de California, Berkeley, Estados Unidos.

Scobie, J. R. (1964). *Revolution on the Pampas: A Social History of Argentine Wheat*. Austin: The University of Texas Press.

Scobie, J. R. (1972). Buenos Aires as a Commercial Bureaucratic City, 1880-1910. *American Historical Review*, 77(4), 1035-1073.

Scobie, J. R. (1974). *Buenos Aires: from Plaza to Suburb, 1870-1910*. Nueva York: Oxford University Press.

- Seckinger, R. (1984). *The Brazilian Monarchy and the South American Republics, 1822-1831: Diplomacy and State Building*. Baton Rouge: LSU Press.
- Simpson, L. B. (1952). *Many Mexicos*. Berkeley: University California Press.
- Slatta, R. W. (1983). *Gauchos and the Vanishing Frontier*. Lincoln: University Nebraska Press.
- Solberg, C. (1970). *Inmigration and Nationalism: Argentina and Chile, 1890-1914*. Austin: The University of Texas Press.
- Sopher, E. F. (1980). *From Pale to Pampa: The Jewish Immigrant Experience in Buenos Aires*. Nueva York: Holmes & Meier Pub.
- Spalding, H. A. (1972). Education in Argentina, 1890-1914: *The Limits of Oligarchical Reform. The Journal of Interdisciplinary History*, 3(1), 31-69.
- Spalding K. (1984). *Huarochirí: An Andean Society under Inca and Spanish Rule*. Stanford: Stanford University Press.
- Specker, J. (1953). *Die Missonmethode in Spanisch Amerika im 16 Jahrhundert*. Colonia: Schoneck-Beckenried.
- Stabb, M. S. (1967). *In Quest of Identity: Paterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*. Chapel Hill: University North Carolina Press.
- Stern, S. (1982). *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Szuchman, M. (1977). *The Limits of the Melting Pot in Córdoba, 1869-1909. Hispanic American Historical Review*, 57(1), 24-50.
- Szuchman, M. (1980). *Mobility and Integration in Urban Argentina: Córdoba in the Liberal Era*. Austin: The University of Texas Press.
- Takagi, H. (1970). The Plaza and its Function in a Mexican Highland Community: Tepeojuma. *Geographical Review of Japan*, (43), 22-31.
- Thorndike, G. (1983). *Uchuraccay: testimonio de una masacre*. Lima: s. e.
- Todorov, T. (1982). *The Conquest of America: The Question of the Other*. Nueva York: Harper Collins.
- Torre, J. (1945). La casa y el mobiliario en Buenos Aires colonial. *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, (3), 285-300.
- Tuan, Y. F. (1974). *Topophilia*. Nueva Jersey: Prentice Hall.
- Tuan, Y. F. (1975). Place: An Experiential Perspective. *Geographical Review*, 65(2), 151-156.
- Tuan, Y. F. (1984). In Place, Out of Place. *Geoscience and Man*, 24, 3-10.
- Uzell, D. (1974). The Interaction of Population and Locality in the Development of Squatter Settlements in Lima. *Latin American Urban Research*, (4), 113-134.
- Vayssiere, P. (1980). *Un Siècle de Capitalism Minier au Chile, 1830-1930*. París: CNRS.
- Vial, G. (1966). La formación de nacionalidades hispanoamericanas como causa de la independencia. *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, (75), 110-144.
- Wachtel, N. (1971). Pensée Sauvage et Acculturation. L'espace et le Temps chez Felipe Guamán Poma de Ayala. *Annales*, 26(3-4), 793-840.
- Wasserman, M. (1984). *Capitalists, Caciques and Revolution: Elite and Foreign Enterprise in Chihuahua, 1854-1911*. Chapel Hill: University North Carolina Press.

Waeibel, L. (1948). Place Names as an Aid to the Reconstruction of the Original Vegetation of Cuba. *Geographical Review*, (33), 376-396.

Weinstein, B. (1982). Brazilian Regionalism. *Latin American Research Review*, 17(2), 262-276.

Weinstein, B. (1983). *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920*. Stanford: Stanford University Press.

White, S. (1981). *Movements in the Cultural Landscape of Highland Peru* [Tesis Doctoral]. Universidad de Winsconsin, Madison, Estados Unidos.

Whitehead, L. (1973). National Power and Local Power: the Case of Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. *Latin American Urban Research*, 3, 23-46.

Whiteford, S. (1981). *Workers from the North: Plantations, Bolivian Labor and the City in Northwest Argentina*. Austin: The University of Texas Press.

Williams, R. (1964). *Y Wladfa*. Cardiff: Imprenta de la Universidad de Gales.

Williams, R. (1976). The Structure and Process of Welsh Emigration to Patagonia. *Welsh History Review*, (8), 42-74.

Wirth, J. D. (1977). *Minas Gerais in the Brazilian Federation, 1889-1937*. Stanford: Stanford University Press.

Woll, A. (1982). *A Functional Past. The Uses of History in Nineteenth Century Chile*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Womack, J. (1969). *Zapata and the Mexican Revolution*. Nueva York: Random House.

Wortman, M. (1976). Legitimidad política y regionalismo. El imperio mexicano y Centroamérica. *Historia Mexicana*, 26(2), 238-262.

Zuidema, R. T. (1964). *The Ceque System of Cuzco: The Social Organization of the Capital of the Incas*. Leiden: E. J. Brill.